

Emil Ludwig

Tres dictadores:
Hitler, Mussolini y Stalin
Y un cuarto: Prusia

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO AYALA



Este singular opúsculo de uno de los más renombrados biógrafos del siglo XX, Emil Ludwig, fue publicado por primera vez en español en 1939, en una traducción preparada por Francisco Ayala en el Buenos Aires en que se había exiliado. Para su trabajo, Ayala se basó en los manuscritos originales del autor, a medida que éste los iba redactando. Hoy recuperamos este libro, en el que el lector se encontrará con la capacidad de análisis de un biógrafo que, ya en fecha temprana, es capaz de estudiar los mecanismos y motivaciones de determinados comportamientos que le son contemporáneos. Ludwig se había entrevistado con Mussolini y con Stalin, y esbozó para ellos sus retratos del natural. No sucedió lo mismo con Hitler, al que describió sin haberlo conocido. Especial interés tiene el último capítulo, en el que Ludwig busca el origen del militarismo alemán en el espíritu prusiano.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Tres dictadores: Hitler, Mussolini y Stalin. Y un cuarto: Prusia](#)

[Prólogo](#)

[HITLER](#)

[I UN HISTÉRICO CREADOR DE HISTORIA](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[II HITLER ANTE LA JUSTICIA](#)

[III PRONÓSTICOS](#)

[MUSSOLINI](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[STALIN](#)

Tres dictadores: Hitler, Mussolini y Stalin. Y un cuarto: Prusia Emil Ludwig

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[UN CUARTO DICTADOR: PRUSIA](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[EPÍLOGO](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

Tres dictadores: Hitler, Mussolini y Stalin. Y un cuarto: Prusia Emil Ludwig

(cualquier modificación/corrección realizada sobre la edición-papel se indica con fuente roja sobre fondo amarillo)

La palabra *libertad* suena tan bien que no se podría prescindir de ella aun cuando expresara un error.

GOETHE

Prólogo

Los retratos de contemporáneos no pueden respirar la paz que tratamos de dar a los cuadros del pasado. Historia contemporánea objetiva no es ni posible ni deseable. Las pasiones son precisamente lo que hace tan interesantes las exposiciones de Tucídides o Cicerón. Sin embargo, hay que distinguir entre exposición subjetiva y partido. Quien, como el que esto escribe, se sabe completamente desligado de todo partido e interés, puede esforzarse por alcanzar, aun en medio de la guerra, aquel grado de contemplación platónica que, en atención a su obra pasada, tienen derecho a esperar tanto los lectores como él mismo.

De los dictadores de Europa conozco a dos por conversaciones, y al tercero por descripciones. Estoy en contra de los tres, porque los tres están en contra de la libertad. A pesar de ello, sus caracteres me cautivan, como a todo el mundo, precisamente hoy en que una parte de nuestro destino depende de ellos. Por esto he controlado de manera constante mis concepciones, y en algunos puntos concretos me separo en estos retratos de otros que antes tracé de los mismos hombres. Después de la guerra todo el encanto de la dictadura que se ha apoderado del mundo actual, como se apoderó del mundo de ayer el encanto de la música de Wagner, desaparecerá en un momento.

Estas tres personalidades son tan distintas como sus fines. Pero su jerarquía respectiva es diversa si se atiende a

la personalidad o si se atiende al fin perseguido. En las páginas que siguen podrá verse cómo, en cuanto a sus fines, Stalin es más interesante que los otros dos; pero como personalidad, lo es Mussolini en cambio. El lector podrá contrastar sus propias impresiones con la exposición que aquí hago. Una obra de esta naturaleza estimula tanto a la contradicción como al asentimiento.

He agregado a Prusia, en calidad de un cuarto dictador, para arrojar a la discusión pública, cuanto antes, ciertas propuestas.

E. L.

Moscú (Suiza), noviembre de 1939

Tres dictadores: Hitler, Mussolini y Stalin. Y un cuarto: Prusia Emil Ludwig

HITLER

Pensando en el pueblo alemán he encontrado frecuentemente con la mayor amargura que en su conjunto es tan mísero como es respetable en lo individual.

GOETHE

I

UN HISTÉRICO

CREADOR DE HISTORIA

1

Entre todos los hombres célebres del presente no hay ninguno de aspecto tan insignificante como Adolfo Hitler. Roosevelt representa el mejor tipo del americano; nadie le tomaría por un francés, nadie le confundiría con un médico o un clérigo. Mussolini, con su cabeza de César romano, representa, tan pronto como hace su aparición, al dictador latino. La señorial cabeza de Edison delata en cada rasgo, a un tiempo, su nación y su espíritu. Churchill tiene toda la apariencia del hombre de Estado inglés. Incluso Stalin tiene una expresión muy personal.

Hitler, ni parece alemán ni un hombre de Estado, y ni lo más mínimo puede pasar por representante de la raza que ha divinizado. El más destacado higienista etnólogo de Alemania, Max von Gruber, profesor de la Universidad de Múnich, gran nacionalista, declaró como testigo ante los Tribunales en 1923: «Por primera vez vi entonces de cerca a Hitler. Rostro y cabeza de mala raza, mestizo, bajo, frente huidiza, nariz fea, pómulos anchos, ojos pequeños, pelo oscuro. Expresión del rostro, no de una persona que tiene pleno dominio de sí mismo, sino de un convulso demencial. Y en fin, la expresión de un satisfecho sentimiento de sí mismo».

Todo lo que su imagen, sus costumbres, su estilo, nos denuncian sería por completo trivial si no estuviera movido por este convulso demencial que puso de relieve el sabio, única cosa que explica sus éxitos.

Un hombre patológico que, como es frecuente en la Historia, se ha empujado hacia un sentimiento de sí mismo mediante la exageración enfermiza de ciertos motivos, y que de él saca sus resoluciones y actos. Con este temperamento cálido, con esta proclividad a las locas empresas, se distingue por completo de Mussolini, que es frío y cínico. La vinculación, con frecuencia investigada, de genio y locura se hace clara en los momentos más fuertes de la vida de Adolfo Hitler. Le hace inimputable, y si después de una gran catástrofe hubiera de comparecer como acusado ante una Corte mundial de Justicia, se haría cuestionable si psiquiatras serios podrían declararle responsable. De aquí se deduce cuán poco significa un tratado con él o una promesa suya.

De su juventud pueden ya desprenderse los elementos capitales de su carácter inquieto y saltarín. Está lleno por el deseo apasionado de saltar sobre un mal punto de apoyo. No puede advertirse en él ni la voluntad de dicha tranquilidad. Ninguna especie de amor a nadie, padres, hermanas, mujeres, sino, por el contrario, odio apasionado contra todo lo que en el mundo es más valioso que él. Ya su padre malgastó toda su vida queriendo hacer olvidar su honrosa artesanía de zapatero y su condición de hijo habido fuera de matrimonio, y convertirse en un empleado con uniforme y gorra, con título y pensión. Se esforzó hasta su muerte —pequeño empleado aduanero bohemio— por representar algo en su pequeña ciudad, valer, ser alguien; incluso hizo desaparecer el nombre de su madre —se llamaba Schicklgruber—, y adoptó el nombre de su suegra. También sus tres matrimonios estuvieron impregnados del mismo deseo de poder ingresar en una mejor sociedad, tomando la primera vez como esposa a una mu-

chacha de catorce años, y la tercera vez a una de veintitrés, que fue luego la madre de Hitler.

Así, el hijo heredó ya el resentimiento del padre. Pero en lugar de arrojarse con celo en los estudios que le hizo iniciar su madre a costa de grandes sacrificios, los interrumpió; primero, a los catorce años a causa de un padecimiento pulmonar, y luego sin causa alguna, y dejó transcurrir toda su juventud sin hacer siquiera el intento de apropiarse unos conocimientos, un oficio. «En la medida —escribe él mismo— en que las escuelas secundarias se alejaban, cuanto a materia docente y educación, de mi ideal, me hice íntimamente indiferente. Lo que por obstinación desaproveché en la escuela había de vengarse después de modo amargo». Declara en su libro que ya entonces no soportaba ninguna coacción para cierto orden del trabajo o ciertas tareas, sino que quería llegar a ser un artista libre, un pintor. «Bien —dijo la pobre madre—, vete a la Academia de Bellas Artes de Viena». Pero allí es rechazado por falta de talento, y después tampoco es admitido en una segunda prueba. Igualmente la Escuela de Arquitectura, donde entonces intentó ingresar, le rechazó, porque ni tenía un certificado escolar, ni tampoco demostró la gran capacidad que, según los reglamentos, hubiera podido suplir al certificado. La reprobación no hirió nunca su orgullo. Como entonces murió su madre, se quedó a la intemperie en Viena, sin medios ni conocimientos.

Durante cuatro años —la mejor época de la vida de un joven trabajador que quiere formarse— vivió Hitler sin realizar esfuerzos, sin una actividad, dependiendo de la simpatía de fundaciones ricas, en su mayor parte judías: primero en un asilo de vagabundos, y después en un Hogar para hombres; y esto, en 1900, es decir, en una época en que no había desocupados forzosos. A veces llevaba valijas a la estación para algunos pasajeros, a veces iba a limpiar la nieve. Recibía la comida en las cantinas para gente pobre, fundadas por el judío Barón Königswarter. Lo único

que hacía para mantenerse era pintar pequeñas tarjetas postales o retratos según modelo, que un amigo suyo vendía para él a traficantes y en una tienda de muebles que los colocaba en el respaldo de los sofás.

El dibujante Hanisch, que fue amigo, durante casi un año, de Hitler, a la sazón de veinte años, y que le ayudaba en su venta, le ha descrito después en sus recuerdos amistosamente conservados; y entonces dibujó Hitler dos carteros, uno de los cuales, anegado en sudor, se sube un calcetín, mientras que el otro, a su lado, risueño, le recomienda en verso un nuevo polvo contra el sudor. Este dibujo de propaganda lo hacía para el judío húngaro Neumann, que le regaló dinero, camisas y un llamado «Kaiserrock» (abrigo del Emperador), y a quien Hitler expresó entonces la mayor gratitud. Dentro de su largo abrigo, con un bozo oscuro sin afeitar en la mandíbula al estilo del popular presidente, le llamaban «tío Krüger».

Espiritualmente Hitler fue captado en Viena por el entonces incipiente antisemitismo, con el que edificaba un partido el burgomaestre de la ciudad; éste se dirigía contra los judíos acomodados, al frente de muchos negocios, que eran tan numerosos en Viena, y no buscaba otra fundamentación que la lucha contra esa competencia. Hitler, que, como todos los hombres desidiados, estaba siempre a la busca de una clase o de un pueblo culpables que le cerrase el acceso al bienestar y a la consideración, se unió a esa cohorte, porque veía en Viena muchos judíos influyentes; aunque al mismo tiempo se hacía mantener con dinero judío, y todavía pintaba una tarjeta de año nuevo para el médico judío de su familia y se la enviaba a Linz desde Viena: «Rendidamente agradecido, Adolfo Hitler».

Mientras que se hacía dependiente así de representantes de una raza cuya influencia comenzaba a combatir, surgía en él, de un innato sentimiento de vergüenza, un odio contra aquellos hacia los cuales estaba obligado a experi-

mentar gratitud, pese a todas sus teorías. A esto hay que añadir que se encontraba a veces, en el asilo, judíos sucios, oliendo a miseria, de los que él pretendía deducir un juicio de carácter general.

Las innegables dotes que más tarde ha demostrado Hitler hubieran debido conducirle de joven a ganar dinero de alguna manera, aun sin examen ni preparación, si no hubiera sido llevado por su repulsa a todo trabajo reglamentado, hacia el llamado ensueño de artista; pero su falta de talento le desalojó de ahí. ¿Qué queda para tal joven, que a todo precio quiere elevarse socialmente? La política, y por cierto, aquella en que casualmente había caído Hitler. Leía entonces, según él mismo cuenta, folletos sueltos sobre la política pangermánica, austríaca y social del día; se orientaba sobre los tópicos, y descubría, en sus largas discusiones con otros inactivos asilados, que sabía discutir mejor que la mayoría. En realidad, no era todavía un orador, pero su cálido y violento modo de dominar a los otros con gritos, sus gestos vivos y, sobre todo, la envidia en él tan arraigada hacia todos los que tenían buena ropa, paseaban en hermosos coches y habitaban buenas mansiones o podían entrar en un palco de la Ópera, la pasión llena de odio de sus discursos, le daba una ventaja sobre los demás y sustituía en él a los argumentos.

Poco a poco aprendió a fundamentar la moda antisemítica adoptada en Viena; y al mismo tiempo, aun cuando había sido bautizado católicamente, se convirtió, ya en estos años, en un enemigo violento de la Iglesia Católica, contra la que entonces dirigían el llamado movimiento de «*Los von Rom*» (independencia frente a Roma) los mismos hombres que hacían responsables a los judíos en Austria de todos los males. La tercera cosa que enseñaba ese partido era la reunión de Austria con Prusia, y Hitler describe más tarde su entusiasmo cuando, en medio del Parlamento de Viena, bajo el reinado del Emperador Habsburgo, alguien gritó «Viva los Hohenzollern». La poderosa Alema-